

JAVIER SÁNCHEZ ZAPATERO, *MAX AUB: EPISTOLARIO ESPAÑOL*, PRÓLOGO DE JOSÉ CARLOS MAINER, KASSEL EDITION REICHENBERGER, 2016, 237 pp.

JOSÉ MARÍA BALCELLS DOMÉNECH
Universidad de León

Profesor de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada en la Universidad de Salamanca, Javier Sánchez Zapatero añade con este libro, *Max Aub: Epistolario español*, una nueva aportación, y muy notable, a la bibliografía aubiana, a la que con anterioridad había contribuido con relevantes trabajos, siendo el más señalado de ellos la obra titulada *Max Aub y la escritura de la memoria*, aparecida en 2014. Este tema de investigación se inscribe en el marco de su muy probado interés por la literatura española del exilio, del que fue muestra bien original el haber abierto caminos metodológicos con su monografía de 2010: *Escribir el horror: Literatura y campos de concentración*. Todavía en relación con el exilio anotaré también el haber realizado la coedición de un elenco de *Relatos del exilio republicano español*, el cual vio la luz en 2016. Sus tareas como estudioso las ha extendido

y extiende igualmente por otras líneas de trabajo, de las que son ejemplo constante sus escritos e iniciativas en torno al binomio novela y cine negro.

Preceden a la monografía que reseñamos, unas páginas preliminares de presentación debidas a José Carlos Mainer. En ellas se recuerda que el trabajo de referencia pudo realizarse merced a la beca que le concedió al autor, en 2010, la Fundación Max Aub, establecida en la localidad castellanense de Segorbe en 1997. Siendo así, uno añadiría que pocas veces una ayuda de investigación tan puntual y concreta ha sido tan productiva, porque la ha rentabilizado Javier Sánchez Zapatero de un modo excepcional y de muy difícil parangón. En el prólogo se indica asimismo que este libro no solo conecta con Max Aub y la escritura de la memoria, sino que es una consecuencia suya, porque ahí se anticiparon a veces

cuestiones que se han desarrollado en esta segunda cala aubiana, ahora centrada en la correspondencia del escritor con españoles. Uno de los valores más interesantes de tales cartas lo pondera el prologuista subrayando que «alcanzan momentos de tensión estética tan relevante como la que tienen sus obras de creación [...]» (p. X).

Sánchez Zapatero estructuró el libro en cuatro partes, una introductoria y breve, acerca de las características del epistolario aubiano y las de su estudio. El núcleo de la monografía lo integran tres capítulos, ocupándose el primero de ellos de los contactos de Max Aub con destinatarios que vivían en España, sin excluir en ocasiones envíos a simpatizantes o, incluso, franquistas declarados. La segunda gira en torno a los vínculos que mantuvo con la esfera editorial, mientras el tercero se detiene en los habidos con el mundo académico. Una muestra de diez cartas, una de carácter manuscrito, se reproducen después de la bibliografía. No se dispusieron por orden cronológico, y, a mi entender, hubiese sido mejor haberlas ordenado de manera temporal sucesiva. A continuación, procederemos a comentar el contenido de las cuatro secciones de que consta *Max Aub: Epistolario español*.

La introducción, puesta por Javier Sánchez Zapatero al comienzo de su monografía, no es extensa, pero sí de gran interés. Da cuenta en ella de las ubicaciones donde se conserva el epistolario, destacando la principal, la antecitada Fundación de Segorbe,

y también hace constar la bibliografía existente que recoge misivas aubianas. De la importancia que dio Aub a su epistolario da fe el hecho de que procurase quedarse con copia de las cartas que enviaba, lo que es inusual en el gremio literario. A tal fin eran mecanografiadas en papel de calco. Enviar esas misivas fue una forma de reivindicarse que complementaba a la que supuso su escritura literaria.

Observa Javier Sánchez Zapatero que la consideración de esos carteos viene a «derribar el mito» de que los escritores exiliados y los que no lo fueron no se comunicaban entre sí. Puede ser atinada la palabra «derribar» referida a tal creencia, porque, a estas alturas, dicho mito prácticamente solo cabría atribuirlo a gente desinformada hasta tal punto que su opinión es irrelevante por completo, dado que tal mitología hace muchas décadas que empezó a demolerse, y varios lustros que está arrumbada. No quiero resistirme a apostillar otra afirmación del profesor salmantino, la de que «el triunfo más verdadero del franquismo fue “permitirse” controlar los mecanismos de configuración de la memoria colectiva para imponer así una visión de la historia maniquea y deformada en la que a los exiliados» (p. 8), no solo se les negaba la presencia, sino que se les borraba del todo. Nada más cierto, y por eso mismo habría que estar bien alerta actualmente sobre quienes, so capa de poner las cosas en su sitio en materia de memoria histórica, lo que resulta plausible y hasta de justicia, pretenden cambiar unos falseamientos

innegables por otros distintos y no menos falsos.

Cada uno de los tres capítulos que vertebran la monografía de Sánchez Zapatero está integrado por numerosas noticias de enorme valor para completar perfiles de conocidos escritores, proyectos y realidades culturales españolas de los años de la correspondencia, y, por supuesto, para conocer detalles relativos a distintas obras aubianas. Tal es el cúmulo de datos valiosos que habremos de limitarnos a sacar a relucir tan solo algunas de esas informaciones de origen epistolar, y meramente a título de muestra, aunque muy insuficiente. Por lo que hace al primero de esos capítulos, resalto las cartas que Max Aub cruzó con escritores de la nómina a la que él mismo pertenecía, el 27. Con quienes mantuvo más correspondencia fue con Dámaso Alonso y con Vicente Aleixandre.

Del epistolario con el sevillano se conserva la respetable cifra de 64 documentos, precisa Sánchez Zapatero. Vamos a circunscribirnos a dar algunos datos sobre esa relación, aunque señalamos que se carteo también con Gerardo Diego y José Bergamín. El intercambio de cartas con el poeta de *La destrucción o el amor* contiene noticias sobre circunstancias concernientes a las muertes en España de Manuel Altolaguirre y de su pareja de entonces, a causa de un accidente de tráfico en las cercanías de Burgos, en el verano de 1959. Era un dato sabido. No tanto que, aparte de algunos familiares, al entierro solo acudió un escritor, Dámaso Alonso.

También se aportan datos impensados acerca del fallecimiento de Emilio Prados, el único amigo de Aleixandre de su niñez en un colegio malagueño. Le sobrevino el 24 de abril de 1962, día en el que, al parecer, había dicho, según Aub, que «se encontraba mejor que nunca, que iba a salir. Y se fue», (pp. 19-20) porque en efecto salió, pero de este mundo.

De más enjundia resulta lo sucedido cuando Aub pidió a Aleixandre noticias acerca de lo que pudo hacer Miguel Hernández, a fines de marzo de 1939, tras el golpe de Casado. Se los recababa para documentarse de cara a su novela *Campo de los almendros*, en la que uno de los personajes novelizados es el oriolano. Recibió esas informaciones, documento que se halla en la Fundación aubiana de Segorbe, pero le rogaba, al dárselas, que no dijese quién se las había proporcionado. Aub se entristeció con esa actitud, y no era para menos, porque no esperaba que, a la altura de 1965, su informante se mostrase con tamañas precauciones con respecto a quien fue tan amigo suyo. Añadiré finalmente, tocante a las relaciones de Aub con Aleixandre, que este participó en el proyecto aubiano de crear la revista *Los sesenta*, que en esa década sacó cinco entregas. A su vez, Aub no puso objeción alguna en trabajar junto a Dámaso Alonso, y a petición de este, a partir de 1966, para la candidatura de Aleixandre al Nobel.

Algunos de los pareceres de Aub sobre varios poetas del 27 llaman poderosamente la atención. Se recogen

en la monografía, y no se limitan al epistolario. Los refiero por su interés. En una carta a Carlos Barral, mencionó a Luis Cernuda diciendo que era «tan buen poeta como inaguantable persona» (p. 33), lo que no implica malevolencia, dado que no fue el único en expresarse así. Más sorpresa puede producir que sobre Dámaso Alonso dijese en una entrevista que «jamás quiso ser filólogo, lo es por cobardía» (p. 29). En *La gallina ciega* se sinceraba sobre Aleixandre diciendo con rotundidad que era «el único ser con el que jamás se [le] ocurriría hablar de política» (p. 43). Y en una de las entradas de un diario suyo, se refería a Jorge Guillén como un equidistante que ejemplificaba muy bien al conjunto de su generación: por «no querer comprometerse. A la defensiva. Sí y no. Olfato crítico finísimo. Parte un pelo en el aire» (p. 29).

Suculentas son las páginas de la monografía en las que se pone en relación a Max Aub con el arte escénico, no sin acaso el escritor quiso ser ante todo dramaturgo. Se lo participaba en una esclarecedora carta de 1963 a José Ramón Marra-López a la que pertenecen estas líneas: «Fui novelista de ocasión. Mi pasión primera fue el teatro y lo sigue siendo. El no poder estrenar, en España, me dejó totalmente desamparado. La novela -no el relato- fue una salida de emergencia que me llevó a un círculo infernal, a un “Laberinto mágico” del que no he podido salir» (p. 74).

Antonio Bueno Vallejo y Aub no se conocieron personalmente hasta 1969,

al igual que sucedió con Aleixandre. Fue con motivo del viaje a España que tanto decepcionó al escritor exiliado por lo sólido que estaba el franquismo. Ambos dejaron escritas, en el epistolario intercambiado, opiniones dignas de ser resaltadas. En una carta, Buero le dice, sobre Gabriel Celaya, como se lo pudiera haber dicho de tantos y tantos poetas, que «escribe para miles de espectadores, desde unas cómodas ediciones poéticas de 500 ejemplares» (p. 64). En la última de sus misivas, y con ocasión de su discurso de ingreso en la Real Academia Española, le manifiesta que le habría gustado «que estuviese en mi recepción Miguel Hernández, que, además, debería estar sentado en un sillón» (p. 69).

De mucha envidia fue el debate mantenido por carta con Dionisio Ridruejo. A buen seguro no le faltaba razón a Aub al decirle al exfalangista que «La República llevaba en sus entrañas más empuje, mejores deseos -buenas intenciones- que los vuestros» (p. 79). Pero también parecen acertadas las reflexiones del soriano: «Solo a un espíritu maniqueo —creo no haberlo sido jamás— se le ocurrirá pensar que todos los de un bando fueron buenos y todos los del otro, malos: que solo los unos amaban la libertad y la justicia y los otros la detestaban» (p. 81). Y excusado es apostillar que lo de maniqueo no sería una indirecta referida a Aub. No era el caso, pues fue ejemplo de escritor que, sin hacer renuncia a sus ideales, se abrió a las razones y conductas ajenas con una actitud admirable, y ayudó siempre

que estuvo en su mano a varios autores que residían en España. Una muestra entre muchas: Victoriano Crémer obtuvo en México un galardón por su novela *Libro de Caín* por las oportunas gestiones aubianas.

A Crémer le hace leonés Sánchez Zapatero, cuando nació en Burgos, si bien se afincó en León muchos años. Sería, en todo caso, un leonés «de adopción». Gazapo de calibre es el de asegurar, como si fuese una aclaración al lector, y a vueltas de un intercambio de cartas entre Antonio Aparicio y Aub a mediados de los sesenta, que el poeta sevillano había vuelto a su país para «quedarse definitivamente» (p. 107), cuando lo cierto es que fallecería en Caracas, a donde regresó tras un tiempo en España, en el 2000. A favor del talante abierto y del fino criterio literario del abogado Cesáreo Rodríguez Aguilera, que llegaría a ser magistrado del Tribunal Supremo, dice mucho el hecho que sigue: Aub se había puesto en contacto con él a causa de habersele negado en 1964 la entrada en España. La principal causa esgrimida fue haber escrito *La verdadera historia de la muerte de Franco*, libro del que, pese a su título, su autor le decía al destinatario que era «tal vez, mi único libro en que no me meto para nada con el actual régimen.» Cesáreo Rodríguez Aguilera le comentaría, a propósito de esa obra, que era «una pura delicia de ironía y de buen humor [que] sólo estando inmersos en un estado de cretinismo se puede tomar como motivo de acusación» (p. 105).

En el más reducido de los capítulos centrales de la monografía, Sánchez Zapatero aborda las relaciones que tuvo Max Aub con el sector de la edición, concepto en el que se hacen caber también las revistas, y las gestiones editoriales. Pasan de doscientos los documentos relativos a la conocida gestora de derechos de autor Carmen Balcells. En algunos de ellos queda de manifiesto que entre ambos se produjeron ciertos desencuentros, mayormente a causa de presiones del escritor a su agente. En una ocasión, y ante sus apremios, ella se vio obligada a conminarle: «no vuelvas a refirme porque no lo aguanto más» (p. 123).

Con el poeta y editor Carlos Barral tuvo Aub relaciones editoriales diversas, y asimismo con Jaime Salinas. La polémica cruzada con el gestor de los sellos Delos-Aymá y Andorra no ha de pasarse por alto. El editor le hacía saber, en el verano de 1970, que al amparo de tales editoras «llevo publicados tres libros suyos, y en ninguno de ellos llegué a cubrir costes.» La réplica aubiana fue contundente: «los libros publicados por usted eran inencontrables en Valencia y en Madrid, únicos sitios donde entré en unas librerías...Me alegra el que me anuncie que hará lo posible por reintroducirme en el mercado español. Supongo que la campaña que están preparando consistirá en algo más que en anunciar los libros en *Ínsula*, excelente revista que no se vende en España» (p. 141).

Aub puso en el sitio debido la capacidad de las revistas *Ínsula* y *Papeles*

de Son Armadans para influir en la lectura de obras literarias. En ambas colaboró, a sabiendas de que su influjo se centraba en los círculos académicos. Bien es cierto también, podríamos añadir, que a través de ellos pueden tener alguna repercusión en estudiantes de filología y en escritores y en algún que otro asistente a veladas literarias. En cualquier caso, su desmitificación de la incidencia cultural de ambas publicaciones ahí queda. En *La Gallina ciega* decía de la primera que era una «revista para norteamericanos en mal de la literatura española». De la segunda llegó a afirmar que se trataba de una revista «confidencial para suscriptores».

En el capítulo final se hace referencia a la relación que tuvo Max Aub con el ámbito académico. En esta parcela, la correspondencia más nutrida y fecunda la mantendría con Ignacio Soldevila Durante. Referirnos a las distintas cartas a filólogos que son destacadas en la monografía exigiría bastantes páginas. Limitándome a señalar muestras de este tipo de correspondencia, señalaré la crispación más que justificada que le hizo sentir la haraganería como estudioso de Eugenio de Nora y la, a su entender,

escasa fiabilidad filológica de Juan Luis Alborg. Entre esas misivas destaca una dirigida a Prats Rivelles que aporta datos de primera mano sobre circunstancias personales inestimables para su biografía.

Estuvo Aub al tanto de posibles estudios sobre su obra. Al respecto, se aduce la carta enviada a Francisco A. Longoria. No se cita otra a Díaz-Plaja, estando este filólogo como profesor visitante en la Universidad de Buffalo, en la que se interesa por el canadiense, entonces estudiante, Paul Kholer, que defendería en 1972, en la Universidad de Toronto, la tesis *The literary image of the Spanish Civil War of 1936-1939 in Max Aub's 'El laberinto mágico'*. Entiendo que esta carta se desconoce, pues se incluye en el libro, no citado, que la Universitat de Barcelona publicó en 2009 con el título *Querido amigo, estimado maestro: cartas a Guillermo Díaz-Plaja*. Resulta imposible que en una monografía en la que se manejan tantos datos no se puedan encontrar lagunas, como esta, o inadvertencias del tipo de las anteriormente señaladas. Se trata, sin embargo, de pequeñeces que escasean en este gran libro, imprescindible y de referencia.